



NUEVO Y CURIOSO ROMANCE,

En que se dá cuenta y declara los hechos, arrestos y valentías de *DON JUAN DE LA TIERRA*, natural de la Villa de Illescas: dáse cuenta de las reñidas pendencias que tuvo en defensa de su Rey. Con todo lo demás que verá el curioso Lector.

PRIMERA PARTE.

Corónense de Laureles todos los guapos de España al oír de un Castellano triunfos, victorias, palmas, y los hombres mas valientes, humildes le rindan parias à este Héroe, à este tremendo, segundo Marte en las Armas. Nació en la Villa de Illescas, dando aumentos à la fama,

el gran Don Juan de la Tierra, de esclarecida prosapia, aunque un mediano caudal à su padre le acompaña. Diéronle estudios, y fue un Séneca en la elegancia; y en manejar el acero excedia à otro Carranca; aquí se cumple el refrán, hombre pobre todo es trazas.



Sabiendo estas facultades,
à rienda suelta se andaba
riñendo algunas pependencias
en defensa de las Damas.
Cumplidos los veinte años,
edad florida y gallarda
de sus juveniles años,
y maduréz de su infancia,
en el golfo de sus gustos,
eterno consideraba
à su padre, mas frustróse
toda su vana esperanza,
se trasformaron sus gozos
en el anhelo, y la carga
de su madre, y los cuidados
de su padre le quedaban.
Mas como la juventud
en nada pone eficacia,
arrestado dió la muerte
à un mancebo de la patria.
Ausentóse, y fue à la Corte,
tomó de Soldado plaza
en una Bandera, que
para Nápoles marchaba,
y con capa de Soldado
vivía muy a sus anchas.
Salióse una obscura noche
à buscar à cierta Marca,
y al pasar por una calle
oyó que hablaba una Dama,
porque el éco de la voz
femenina se mostraba.
Paróse, è hizo el reparo,
que à un Caballero le hablaba,
diciendo: póngase en fuga,
mire, mire, que lo matan;
à cuyo tiempo llegaron
ocho hombres con espadas.
Juan de la Tierra que vido
aquella alevosa infamia,
al lado del Caballero

se puso con arrogancia.
Portóse con tal valor,
que los quatro en la estocada
fueron à dar residencias
à las Celestes moradas,
y los otros hacen fuga,
que como el viento volaban.
El Caballero le dice:
Quién eres? Cómo te llamas?
Juan de la Tierra es mi nombre,
Illescas mi amada Patria.
Así le hablaba Don Juan
à la Magestad Cesárea
del Rey Don Felipe Quarto,
el que al proviso le manda,
que tomase unos doblones,
y tambien la real alhaja,
de un Anillo de diamantes,
y que à Palacio se vaya
luego que amanezca el dia,
que será mayor la paga,
que él era el Mayordomo
del Rey, y mire le encarga,
que no se olvide de ir;
à Dios, porque viene el Alba.
Don Juan colocó su Anillo
en una bolsa, y lo guarda
con cuidado dentro el pecho
(ò lo que el discurso alcanza!)
En tanto que hubo dineros
tuvo muchos camaradas.
Llegó aquel próxîmo Invierno,
à Nápoles fue la marcha,
llegaron à la Ciudad,
adonde el resto gastaba;
viendo no tenia un quarto,
y la hambre le apretaba,
acordóse de su Anillo.
A un Platero se llegaba
à ver si comprar queria
aquella fina tumbaga.

R. 17-413

El Platero que la vido,
le responde estas palabras:
Señor Príncipe, qué es esto?
este Anillo lo declara,
que sois persona Real,
su Alteza no me niegue nada.
Don Juan reparóse, y dixo:
Soy hijo del Rey de España,
el gran Don Felipe Quarto;
por defender à una Dama,
le di la muerte sangrienta
à un hijo del Duque de Alba,
y temiendo de mi padre
el castigo que me aguarda,
hasta verlo mas templado,
es fuerza que ausencia haga.
De la Corte me salí
sin que nadie sepa nada,
y así, si tú determinas
el que se vea ensalzada
tu casa, haciéndote noble,
sobre esta real alhaja,
para mi adorno y decencia
dame monedas y galas;
que si te portas conmigo,
luego que me pase à España,
prometo te ampararé,
juro por mi real palabra.
El Platero le responde:
En esta Ciudad se halla
un Compadre mio, que
grande hacienda le acompaña;
à este dicho le hablaré,
en lo que su Alteza manda.
Mucho puede el interés,
su Imperio todo lo arrastra.
El Maestro de Platero,
se partió con vigilancia
à casa de su Compadre,
cuenta de todo le daba
como en su casa tenia

à un gran Príncipe de España,
que era el dueño de la prenda,
que dice su forma y traza.
Movido de la codicia,
le pusieron una sala
adornada con primor
le remiten dos criadas,
dos criados y carroza,
compuesta y aderezada.
El les encarga el secreto,
y es porque así le importaba.
Se cruzaban los doblones,
los diamantes y las galas.
Sepamos que el Mercader
tiene por hija una Dama,
hermosa à las maravillas,
que es de todos envidiada.
Llegó el dia de San Juan,
en que previno en su casa
diversidad de manjares,
para la funcion que aguarda.
Fue à ver el Príncipe, y dióle
las vísperas celebradas
de su Santo, y le suplica,
que pase à honrarle su casa
con su Persona Real,
que humilde se lo rogaba.
Amaneció el dia alegre,
poner la Carroza manda,
adornóse lo posible
desde el cabello à la planta.
Triunfante se paseó
hasta llegar à la casa
del Mercader, y apróse,
alegres lo saludaban.
El Mercader à su hija
la ha encerrado en una sala;
obedecióle à su padre,
mucho puede la crianza,
pero mas puede el amor,
que son muy grandes sus trazas.

Pusiéron, en fin, las mesas
con agradables viandas.
A este tiempo la doncella,
que se miraba encerrada,
por el ojo de la llave
al Príncipe divisaba.
y de su arte y su brio
fue mariposa abrasada.
Abaxóse, y por la puerta
una gatera se hallaba,
con disimulo sacó
una hermosa mano blanca,
empezando á discifrar
por letras sus esperanzas.
Hizo Don Juan el reparo,
que se hallaba cara á cara:
fingiendo estar desmayado,
ò que accidente le daba,
todos se desatinaron,
teniéndolo por desgracia.
Volvió de aquel accidente,
donde en el lecho descansa,
suspiros exála al viento,
el uno al otro se alcanza.
Don Juan á su casa vino,
discurriendo forma y traza

para probar la pechuga
del Ave Napolitana.
Del Casero se valió
deciale estas palabras:
Cien doblones te daré
si me llevas esta carta
à casa de tu Compadre,
y la entregas á una Dama,
à una Deidad, no la he visto,
solo sí su mano blanca;
yo muero, y no sé por quien,
esta confusion me acaba,
esta esperanza me alienta,
esta enigma me contrasta.
Has visto por dicho ò suerte,
esta que me roba el alma?
El Casero le responde:
Es una hermosa muchacha,
hija del Compadre mio,
yo le llevaré la carta.
Dexemos en este estado,
la relacion en sumaria,
que Pedro Salvador dice
quedarà finalizada
del gran Don Juan de la Tierra
la Historia tan celebrada.

FIN.



TRÁTASE

Del dichoso fin que tuvieron los amores de *DON JUAN*
DE LA TIERRA.

SEGUNDA PARTE.

Tomó la pluma Don Juan
y de esta suerte notaba:
Desde el instante que ví
esa hermosa mano blanca,
quedé confuso, Señora,
tan rendido, y tan sin alma,
que aunque vivo no estoy vivo,
porque no vivo en tu gracia,
à lo qual yo te suplico,
si merezco dicha tanta
de ver esos dos luceros,
ò esa campaña estrellada,
tendras por esclavo á un hombre
que es gran Príncipe de España,
y al recibir el favor,
te darè el premio, y la paga,
de mi real mano, y serás
la Infanta mas celebrada,

y en tus escudos pondrás
Castillo, y Leon por Armas.
Guárdete el Cielo, Señora,
y cumpla mis esperanzas.
El portador se partió,
dió en la mano propia la carta,
rompió la nema, leyó,
y la respuesta notada
de la Dama, en esta forma
formalizó sin tardanza.
El referir à su Alteza,
soy mariposa abrasada,
por vida vuestra, que es
la verdad verificada.
La puerta de mi jardin
tendreis esta noche franca,
el portador guiará,
porque no ignora la entrada.

Recibió el tal contenido,
fue populosa la paga;
y aquella próxîma noche
de ropa corta se arma,
con su calada montera,
y con su capa de grana;
tambien su par de pistolas,
para su defensa y guarda.
Tocó el Relox las once,
à la diligencia marcha.
Entro Don Juan, y quedó
el otro de retaguardia.
Pasados los cumplimientos,
que entre los amantes pasan,
gozò los tiernos cariños
en alfombras de esmeraldas.
Pasados ya los seis meses,
cuenta à su amante le daba,
suplicándole amorosa,
que se vinieran à España;
que se considera encinta,
y se siente embarazada.
El le responde diciendo,
que algo atrasado se halla
que à su Padre lo robase,
para el viage que aguarda.
A su padre le quitó
cantidad de oro y plata,
y disponiendo el viage,
que el dinero mucho alcanza,
una tenebrosa noche,
hasta la playá Romana
un barco los condució,
adonde hicieron parada,
hasta que yendo en camino,
muy claramente le habla,
diciendo, que es Labrador,
y no Príncipe de España,
que el Real Anillo que dió,
se lo dieron y esto basta.
En fin, se la traxo à Illescas,

adonde se desposaba;
y con el caudal compraron
gran número de labranza.
Dexemos à los amantes
con gran reposo en su casa.
Viendo, pues, el Mercader,
que la hija le faltaba,
y el Príncipe no parece,
previno pasar à España.
En breve tiempo en la Corte
estuvo, y haciendo árduas
diligencias con secreto,
à todos les preguntaba
por el Príncipe Don Juan,
hijo del Quarto Monarca.
Le dicen: Pase à Palacio,
que allí darán esperanzas.
Entró, en fin, y preguntando
por la Magestad cesárea,
le dan el paso, y subió.
Hizo las acostumbradas
cortesías que se deben,
diciéndole estas palabras:
De Nápoles he venido
solo à besar vuestras plantas,
y à suplicaros, Señor,
el que justicia se haga,
con quien me robó mi hija,
y se la ha traído à España.
A Nápoles fue, Señor,
un hombre que se llamaba
Juan de la Tierra, y me dió
aquesta Real alhaja,
y dixo que era hijo vuestro,
y en la dicha confianza,
para su adorno y decencia,
le dí monedas y galas.
No siento, Señor, la hacienda,
solo siento mi hija amada.
El gran Felipe acordóse
de aquella noche pasada

quando al Soldado le dió
el Anillo, y se repara,
diciéndole, que volviese
al cabo de dos semanas.
El gran Rey mandó llamar
á un Capitan de sus Guardas,
diciendo pasase á Illescas,
y diligencias se hagan
de un tal Don Juan de la Tierra,
y que á Palacio lo traigan.
Fue el Capitan, y lo halló,
vino con su esposa amada.
Ante el Rey los dos pusieron,
á lo que dispone y manda,
que todos se retirasen,
con el Soldado quedaba.
Juróle por su Corona,
si la verdad no declara,
que tiene de castigarlo,
qué quien le dió aquella alhaja
de aquel Anillo Real?
á lo que Don Juan le habla,
diciendo, que paseando
una cierta noche andaba
en la Corte, quando oyó
una voz muy delicada
de una Dama, que decia:
Huya, huya, que lo matan.
Vide á cierto Caballero
hecho un Marte en la campaña,
que de ocho se defendia
con española arrogancia.
A su lado me planté,
arranqué, Señor, la espada;
quitándole algunas puntas;
porque grandes estocadas
le tiraban los traydores;
mas fue mi fortuna tanta,
que al Caballero, ni á mí
se nos agraviase en nada;
y agradecido, Señor,

el referido me daba
unos doblones, y dióme
ese Anillo que se enlaza
en vuestra mano real.
Me dixo á Palacio vaya,
que él era el Mayordomo,
y mire queno haya falta.
Nunca me acordé de ir,
seguí á Nápoles la marcha,
Señor, en mi Regimiento,
donde he hallado dicha tanta
que con decir de que era
hijo vuestro (heróyca hazaña!)
y que tambien dí la muerte
á un hijo del Duque de Aloa,
engañando á un Mercader,
saquéle su hija amada.
Paséme á España, Señor,
con hacienda muy sobrada,
recibí del Matrimonio
las ceremonias sagradas.
Aquí tienes mi cabeza,
y la verdad declarada.
Maravillado quedó
el Rey, viendo la sumaria
del término de su vida,
y al Mayordomo le manda
que lo mantenga en Palacio.
Así estuvo dos semanas,
hasta que el Napolitano
la vuelta á Palacio daba.
El Rey le mandó que aguarde
hasta segunda ordenanza.
Mandó subiese Don Juan,
y venga su esposa, y traigan
una gala de la Reyna,
para que fuese adornada.
Al Soldado puso el Rey
Toyson, y Llave Dorada,
y un baston de General,
y que se sentase manda.



Cubrió con unas cortinas,
de tela muy realzada,
sus personas, y dispuso
que el Napolitano traigan.
El Rey le dice: Ea amigo,
ya el páxaro está en la jaula:
ya está preso el agresor,
la sentencia ha de ser dada
entre los dos: Qué os parece?
ha de ser hoy, o mañana?
Responde el Napolitano;
Si à mi gusto ha de ser dada,
como parezca mi hija,
que no se le agravie en nada.
Qué à tu enemigo perdonas?
Sí Señor, porque me agrada
aquel arte y compostura,
y disposicion gallarda.
Corrió el Rey las dos cortinas,
y de esta suerte le habla:
Aquí está el grande Don Juan,
vés aquí tu hija amada.
Levanta, gallardo Jóven,
tres veces Grande de España,

Caballero del Toyson,
Señor de Llave Dorada
defendedor de la vida
del gran Rey de las Españas.
Levanta, Señor de Illescas,
y de todas las comarcas.
Ea buen Napolitano,
ya la justicia está dada,
veos en paz, y de himenco
gocéis delicias sobradas.
Besaron al Rey la mano
por mercedes tan colmadas.
Los Títulos le entregaron,
en que hoy autorizada
se vé la casa del dicho,
en Illescas la nombrada.
Gozoso el Napolitano
se ausentó para su Patria,
à vender toda su hacienda,
y luego venirse à España.
Y Pedro Salvador pide
al Auditorio las faltas
perdone, si es que las hay
en la Historia declarada.

F I N.

EN VALENCIA:

*Imprenta y librería de Manuel Lopez,
calle de Bordadores, núm. 11.*

Año 1814.

